

El sabor de las promesas cumplidas

Seudónimo. Púrpura 33

Categoría de Cuento

Sofía miraba la imagen del Coliseo al otro lado de la ventana, con una sonrisa enmarcándole los labios y el relumbre de la felicidad nimbando en sus pupilas. Se lo había prometido. Le juró que su primer beso sería en un ático de Roma, la ciudad eterna, y ahí estaba, sólo faltaba el beso. Y mientras Andrés hacía que en dos vasos las burbujas del contenido acariciaran con suavidad el interior del cristal, comprendía lo afortunada que era por haberle conocido en un momento en que su vida parecía no tener una dirección clara. Esa misma vida que en ocasiones sentía escapársele entre los dedos, como si quisiera recoger un océano con sus manos, y sólo el aroma a sal de las palmas, le dijera que una vez estuvo allí. Pero ahora tenía a Andrés. Y tenía aquella inmortalidad de Roma, donde sus labios probarían por primera vez el sabor de un amor incipiente, que crecía en su interior, al igual que sabía que crecía en el interior de Andrés. Aquel chico de quince años que tras llenar el vaso, encendía dos velas y las colocaba junto a la ventana desde la que se observaba el más famoso monumento de Italia.

Roma, sí, Roma. Él se lo había prometido, y así se lo había dado.

Mientras Andrés colocaba un cedé con los mejores temas de Rod Stewart en el casete, Sofía observó su reflejo en un polvoriento espejo de cuerpo, que apoyado contra una de las paredes, revelaba como sus leves curvas se insinuaban con poca nitidez sobre

el pijama que vestía. Agarró la camisa del pijama a la altura del vientre y la arrugó hasta que la tela se le adhirió a la piel, revelando la silueta de unos pechos breves como la vida de un hielo en agosto, y un vientre plano, quizás demasiado. En aquel momento, mientras Stewart comenzaba a entonar su "*Smokestack Lightning*", en un volumen tan bajo que apenas quebraba el silencio, lamentó no haber cumplido ya los quince años, quizás los dieciséis, para que las curvas que se adivinaban en su futuro, fueran ya una realidad, y la mirada de Andrés pudiera deleitarse con un cuerpo más completo, más llamativo, más dispuesto. Se acercó a otra de las ventanas y se recostó sobre el marco observando como en el exterior la negra noche comenzaba a poblarse de un sinfín de estrellas, que restallaban sobre el inmenso lienzo del cielo.

En alguna ocasión había oído que algunas de las estrellas que brillaban en el firmamento y que se podían admirar desde la tierra, llevaban siglos extintas. Que algunas de ellas llevaban cientos y cientos de años extinguidas, pero que su luz seguía llegando hasta la tierra.

Las admiró. Aún desaparecidas eran capaces de exhibirse bellas y luminosas, sobre la negrura reinante. Podían lograr que en la tierra, alguien las contemplara embelesado, admirando la delicadeza de su fulgor, cuando ya hacía mucho que yacían devoradas por alguno de los agujeros negros, que dicen que pueblan esas lejanas galaxias, y que son capaces de engullir planetas enteros. En ese preciso instante le hubiera gustado ser una de esas estrellas, que extinguidas siguen siendo admiradas, deseadas, soñadas... Contemplándolas se sintió efímera.

- ¿Bailas?

La invitación en un susurro de Andrés le sobresaltó. Giró sobre sus pies y encontró el barbilampiño rostro de Andrés a tan sólo unos centímetros de ella, al alcance de un beso.

- Claro – asintió.

Sofía abrió los brazos y Andrés tomó una de sus manos mientras con el otro brazo le rodeaba la cintura, iniciando un baile al son de las tonadas del cantante londinense, que apenas se alzaban sobre el arrullo de sus suspiros.

Bailaban en círculos, con los pies dejando estelas sobre el polvoriento suelo. Giraban lentamente, convencidos de que tarde o temprano desaparecerían en mitad de una nube de humo, como en un cuento de hadas, y aparecerían bailando en el mismísimo coso del Coliseo que se mostraba orgulloso desde la ventana, observando el baile de los dos adolescentes. Parecía celoso.

- Te prometí que te traería a Roma, a uno de sus bohemos áticos. Te juré que Roma ardería para ti – dijo Andrés en un susurro que alcanzó el oído de Sofía en una caricia.

- Y yo te prometí un beso – asintió ella.

- El primero – matizó Andrés.

- El primero

- De muchos – continuó él.

- De todos los que quepan en una vida – se reafirmó ella.

Siguieron bailando, conteniendo el deseo de sellar su incipiente y púbero amor con aquel deseado primer beso. Sabían que cuanto más contenían el deseo, más placer les produciría el inevitable y anhelado desenlace. Era como el río que baja con un caudal exiguo y crece en la presa, hasta que se desmorona con furia llevándose por delante el dique. Así era su amor; un torrente de pasiones contenidas que lentamente, poco a poco,

se convertía en un volcán, cuya erupción asolaría a los niños que el beso dejaría atrás, y tras los que sólo quedarían dos amantes, puede que jóvenes, temerosos e inexpertos, pero dos amantes al fin y al cabo.

Pasadas dos canciones y varias eternidades se detuvieron junto a la mesa, donde descansaban los dos vasos y bebieron un sorbo, apenas un pequeño trago que empujó de nuevo al interior a todos los fantasmas que asomaban temerosos a través de sus gargantas. Sintieron como las frescas burbujas les cosquilleaban, les empujaban al desenlace. Sonrieron enrojecidos por la vergüenza y el temor a no ser lo que el otro esperaba, a que ese beso no fuera lo que ambos ambicionaban. Dejaron los vasos sobre la mesita y se tomaron de las manos.

En silencio fueron acercando sus bocas, hasta tal punto que sentían como la electricidad pasaba de labio a labio, gritando por un contacto que aliviara la tensión. Pero cuando estaba a punto de producirse ese beso, la puerta de entrada se abrió y bajo la luz macilenta que se proyectaba desde las fluorescentes tartamudas del pasillo, se recortó la oronda y robusta sombra de Lourdes, la gobernanta.

- ¿Pero qué coño hacéis aquí, jovencitos? Habéis vuelto loco a todo el mundo – protestó con el entrecejo fruncido -. Tres horas llevamos buscándoos – finalizó, brazos en jarras.

Andrés y Sofía se miraron con el relumbre de la pena resplandeciendo en sus miradas, donde un sinnúmero de lágrimas les abarquillaban los párpados. Tal vez habían perdido demasiado el tiempo. Habían dejado que la fantasía de los preliminares consumiera el plazo de una escapada, que como un mal ciclista que huye del pelotón en el inicio de la escalada, estaba condenada al fracaso. Lourdes atravesó el umbral de la puerta y

recorrió la habitación abuhardillada, mientras paseaba la mirada entre los cambios que aquellos dos jovencitos le habían hecho.

- Venga, ir yendo para vuestras habitaciones – dijo la gobernanta, continuando con su inspección de la habitación.

Sofía y Andrés tan sólo caminaron unos pasos. Tristes, aguardaban a que la gobernanta concluyera con su visita, esperando en pie cerca de la puerta. Lourdes recogió los vasos de cristal cuya ausencia había notado en una de las habitaciones. Olisqueó el contenido, y tras un breve sorbo le alivió comprobar que se trataba de simple y sana gaseosa. Apagó el equipo haciendo que Rod Stewart enmudeciera. Cuando llegó hasta la ventana y vio la fotografía del Coliseo, adherida a los cristales con toscos trozos de celo, frunció el ceño y miró a la joven pareja con extrañeza, como si fuera la primera vez que les viera.

- Le prometí que la llevaría a Roma – confesó Andrés, mientras sentía como la temperatura de sus mejillas subía varios grados de golpe.
- Hoy iba a ser nuestro primer beso – continuó Sofía, bajando la mirada hasta el suelo.

Lourdes sintió que todas sus entrañas se encogían alrededor de su corazón. Alargó el dedo de la mano diestra y accionó el botón del equipo de música. Stewart volvió a asomar en aquel ático romano entonando su célebre “*Baby Jane*”. Lourdes caminó hasta la puerta y les esquivó sin siquiera mirarles a la cara.

- Diez minutos – dijo antes de salir y cerrar la puerta a su espalda -. Y sólo un beso, sólo eso – recalcó volviendo a abrirla, y asomando su cabeza de pelo ensortijado y mejillas carnosas.

Sofía y Andrés sonrieron satisfechos.

- Diez minutos y sólo un beso – le confirmó Sofía.

- Uno nada más – corroboró Andrés.

La puerta volvió a cerrarse y ellos regresaron a su baile, aunque apenas habían realizado un par de giros cuando sus labios se buscaron con delicadeza, como si temieran que un exceso de presión pudiera quebrarlos. Puede que no fuera el más experimentado ni largo de los besos, pero en mitad de él consiguieron que todo desapareciera a su alrededor; la habitación, los vasos con gaseosa ligeramente desfraguada, el hospital, todo un universo. De repente, se encontraban bailando sobre en el centro del coso del Coliseo, mientras Roma ardía de pasión a su alrededor, al son que marcaban la cadencia de sus latidos, el compás de sus besos.

La realidad volvió al cabo de unos minutos, y cogidos de la mano salieron de la habitación y caminaron hacia sus respectivas habitaciones, tal y como habían prometido a Lourdes.

Al llegar a la planta de oncología se detuvieron frente a la puerta de entrada, donde sus caminos divergían entre las habitaciones pares de los niños, e impares de las niñas. Se observaron en silencio durante unos segundos en el reflejo desigual que el cristal esmerilado les ofrecía. Se miraron sorprendidos, pues quienes se mostraban en aquel reflejo no eran dos adolescentes en exceso flacos, totalmente calvos y vestidos con uno de esos horribles pijamas de hospital. La imagen que les ofrecía aquel cristal era simplemente la de dos jóvenes enamorados, que al fin habían cumplido su sueño de visitar el Coliseo, y besarse por primera vez en una Roma en llamas. Sólo contemplaban a dos enamorados que deseaban seguir creciendo el uno junto al otro, para así poder seguir cumpliendo sueño, para paladear el sabor de una promesa recién cumplida.